



JOHAN

CRUYFF 14

LA AUTOBIOGRAFÍA



Considerado como una de las figuras más extraordinarias de la historia del fútbol, su estilo futbolístico y su filosofía han influido en entrenadores y jugadores de la talla de Pep Guardiola, Arsène Wenger, Eric Cantona y Xavi. Los recientes éxitos del fútbol español, tanto a nivel de club como a nivel internacional, han sido considerados por muchos como el evidente resultado del impacto de Johan Cruyff en el fútbol contemporáneo.

14. *La autobiografía*, cuenta la historia personal y profesional de Cruyff, y nos revela la filosofía que definió su juego y que tanto ha marcado a generaciones de futbolistas, entrenadores y seguidores.

Índice de contenido

Cubierta

14. La autobiografía

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Del funeral de Johan Cruyff en el Camp Nou

Cronología

Ilustraciones

Sobre el autor

Prólogo

Soy una persona sin títulos académicos. Todo lo que sé, lo he aprendido por experiencia. Cuando perdí a mi padre a los doce años, mi vida quedó determinada por el Ajax. Primero mediante mi segundo padre, que era encargado del campo, más tarde a través de mis entrenadores Jany van der Veen y Rinus Michels. Gracias al Ajax aprendí, no solo a jugar mejor al fútbol, sino también a comportarme.

Con mi suegro adquirí experiencia financiera. En aquella época ningún futbolista había oído hablar de *marketing* y las relaciones comerciales eran algo totalmente nuevo. Cuando él entró en mi vida, me ayudó con esas cuestiones y me instruyó en ellas. Porque en cuanto yo pensaba que podía apañármelas solo, las cosas empezaban a ir mal. Pero eso no importa. Forma parte de la vida. Lo que importa es aprender.

Con esto quiero señalar la trascendencia que tiene mi familia para mí. No solo mis padres, suegros, esposa, hijos y nietos, sino todas aquellas personas que me llevaron de la mano en el Ajax durante un periodo de enorme vulnerabilidad en mi vida. Por eso, para mí, el Ajax forma parte de mi familia. Mi familia fue también determinante para que yo llegara a ser la persona que soy hoy. Alguien que como futbolista no tiene más que un defecto: pensar en lo más alto. Como jugador o entrenador no soy capaz de hacer nada a un nivel inferior. Solo puedo pensar en una dirección: rumbo a la cima. Para ser el mejor posible. Por eso, al final,

tuve que parar. Ya no tenía la condición física que se exige para poder estar en lo más alto y, cuando eso ocurre, ya no tiene sentido estar en el terreno de juego. Pero como aún tenía la cabeza en buenas condiciones, me hice entrenador.

Lo que quiero decir es que mi vida ha estado siempre marcada por el deseo de perfeccionismo y de mejorarme a mí mismo. Esa ha sido mi máxima en todo lo que he hecho.

JOHAN CRUIJFF
Marzo de 2016

1

Todo lo que sé lo he aprendido por experiencia y todo lo que he hecho, lo he hecho mirando al futuro, concentrándome en el progreso, lo que significa que no pienso demasiado en el pasado. Para mí, eso es completamente natural. Otras personas ya han escrito muy bien sobre los detalles de los partidos que he disputado; lo que a mí me interesa es la idea de fútbol. Mirar siempre hacia delante significa que me puedo concentrar mejor en lo que estoy haciendo y que solo miro atrás para ver qué puedo aprender de los errores. Esas lecciones se pueden adquirir en distintos momentos de la vida y no tienes por qué ver las conexiones hasta mucho después. Así que, aunque yo siempre avanzo, no siempre puedo mirar hacia atrás en línea recta. Lo más importante que he aprendido como jugador es que, por encima de todo, necesitas cuatro cosas: un buen césped, un vestuario limpio, jugadores que se limpien sus propias botas y que las redes de la portería estén tensas.

Todo lo demás, habilidades y velocidad, técnica y goles, viene después. Esta es la filosofía que define lo que siento por el fútbol y por la vida. Y la he puesto en práctica en todo lo que he hecho; ya fuera el Fútbol Total sobre el terreno de juego, mi familia o la Fundación Cruyff, lo importante ha sido siempre progresar y nunca jamás dejar de mejorar.

El fútbol ha sido mi vida desde siempre. Mis padres tenían una verdulería en Betondorp, a unos cientos de metros

del campo del Ajax, De Meer, en Ámsterdam, así que era inevitable. Mi padre jamás se perdía un partido del Ajax y, aunque no haya heredado mi talento de él, sí que me transmitió su amor incondicional por el club. De hecho, de dónde procede mi talento para el fútbol es un misterio. Está claro que no lo aprendí de mi padre ni de mi abuelo, ya que nunca los vi jugar. Mi tío Gerrit Draaijer, el hermano de mi madre, había jugado algunos partidos de extremo izquierdo con el primer equipo del Ajax, pero eso fue en la década de 1950, cuando el club aún no era uno de los equipos más conocidos de Europa.

Mi padre me habló de jugadores como Alfredo Di Stéfano, que lo sabía todo acerca de cómo utilizar el espacio en el campo, así como Faas Wilkes, que era un regateador magnífico. Empezaba en el centro del campo y superaba a cuatro o cinco contrarios. Increíble. Wilkes había jugado en el Xerxes Rotterdam antes de irse al Inter de Milán, al Turín y al Valencia, y volver a Holanda mucho después. Fue entonces cuando comprendí lo que podía conseguir un holandés en el terreno de juego. Pero no teníamos televisor y no veíamos a muchos equipos extranjeros, así que durante la mayor parte de su carrera solo pude verlo muy de vez en cuando. En cuanto a Di Stéfano, no fue hasta 1962, cuando vino a Ámsterdam con el Real Madrid para disputar la final de la Copa de Europa, que pude verlo con mis propios ojos.

Para mí todo empezaba en la calle. La zona en la que yo vivía era conocida como la «aldea de cemento», un experimento de casas baratas realizado tras la Primera Guerra Mundial. Era una zona obrera y los niños pasábamos tanto tiempo fuera de casa como nos era posible; desde que puedo recordar jugábamos al fútbol donde podíamos. Ahí fue cuando empecé a pensar en cómo convertir las desventajas en ventajas. Descubrí que el bordillo puede no ser un obstáculo, sino que podía convertirlo en un compañero de equipo para el uno-dos. De modo que gracias al bordillo

pude trabajar mi técnica. Cuando el balón rebota sobre superficies diferentes con ángulos extraños, tienes que reajustarte al instante. A lo largo de mi carrera la gente se ha sorprendido a menudo de verme chutar o pasar desde un ángulo inesperado, pero eso se debe a cómo me crie. Lo mismo ocurre con el equilibrio. Cuando te caes sobre cemento, duele y, por supuesto, no quieres que te pase. Así que juegas al fútbol procurando no caerte. Fue jugar así, intentando reaccionar ante la situación en todo momento, lo que desarrolló mis habilidades como futbolista. Por eso soy muy partidario de que los jóvenes jueguen al fútbol sin tacos. Ya no pasan en la calle las horas que pasaba yo, horas aprendiendo a no caerse. Démosles suelas planas y ayudémosles a aprender a mantener el equilibrio.

En casa, la vida era bastante sencilla, pero no me importaba. Crecí en un hogar familiar y cálido. Dormía en la misma habitación que mi hermano Hennie, que es dos años y medio mayor que yo. Cuando eres pequeño, esa es una gran diferencia. Pero yo me pasaba la mayor parte del tiempo por ahí jugando al fútbol, así que él tenía su vida y yo la mía.

Yo soy una combinación de mis padres. Mi carácter sociable procede de mi madre; mi ingenio, de mi padre, porque la verdad es que soy bastante ingenioso. Siempre ando al acecho para obtener la mejor ventaja, como mi padre, Manus. Mi padre era un bromista. Tenía un ojo de cristal y apostaba con la gente cinco céntimos para ver quién aguantaba más tiempo mirando fijamente al sol. Se tapaba el ojo bueno con la mano, se pasaba un minuto con el rostro apuntando al cielo y se embolsaba el dinero. Mi madre, Nel, era muy sociable. Para ella, todo giraba en torno a la familia. Tenía nueve hermanos y hermanas, así que además de nueve tíos y tías, también tenía docenas de primos y primas. Lo bueno era que si ocurría algo siempre tenías a alguien para ayudarte. Uno sabía de estufas, el otro dibujaba bien, así que siempre había alguien a quien recurrir cuando

surgía cualquier problema. Pero en el fútbol estaba solo; al parecer, el interés que yo sentía los había pasado a todos de largo.

Fui a la escuela Groen van Prinsteren de Ámsterdam, que era una institución cristiana, aunque a mí no me educaron como creyente y había otras escuelas laicas en el barrio. Yo solo entraba en la iglesia para entregar algún pedido de parte de mi padre y, cuando un día le pregunté por qué tenía que ir al colegio con una Biblia en la mochila, él me respondió: «Johan, ahí se cuentan historias muy bonitas. Intento darte todo lo que puedo y, cuando seas mayor, tú mismo podrás decidir qué haces con ello».

Yo quería jugar al fútbol hasta en el colegio y desde muy pequeño empecé a ser conocido como el chico del balón. Cada día me llevaba la pelota a clase, la dejaba bajo el pupitre y me la pasaba de pie a pie durante toda la lección. A veces, el profesor me echaba porque molestaba. Lo hacía de forma tan instintiva que ni siquiera me daba cuenta de que no paraba de pasar el balón del pie izquierdo al derecho. Aparte de eso, no saqué mucho rendimiento a mi paso por el colegio, aunque lo que más recuerdo de aquellos años es que nunca hice novillos. Aunque no me entusiasma estudiar, sabía que era algo que tenía que hacer y lo hice hasta que fui lo suficientemente mayor para decidir por mí mismo que ya no quería hacerlo más.

En cambio, recuerdo como si fuera ayer la primera vez que fui al campo del Ajax. Creo que fue en 1952, así que yo debía de tener unos cinco años. Mi padre me preguntó si quería ir con él a entregar unas cestas de fruta para los jugadores que estaban enfermos o lesionados, así que lo acompañé con la bici hasta el club, muy emocionado por poder cruzar sus puertas por primera vez, y no para sentarme en las gradas. Fue entonces cuando conocí a Henk Angel, amigo de mi padre y encargado de aquello. Henk me preguntó si me apetecía echarle una mano y yo empecé al día siguiente. Así que con cinco años empezó mi vida con

el Ajax. Recuerdo mi juventud con mucho cariño. Solo conocí amor. En casa, pero también en el Ajax. Gracias al tío Henk, que me permitía hacer todo tipo de trabajos menores en el estadio cuando acababan de plantar el césped o este estaba impracticable en invierno, pude pasar mucho tiempo en el club. Como recompensa, se me permitía jugar al fútbol en el vestíbulo y en los pasillos principales. También pasaba parte de las vacaciones de verano en casa de Arend van der Wel, un delantero del Ajax que se había convertido en amigo de la familia. Acababa de pasar del Ajax al Sportclub Enschede y vivía plácidamente en el campo. Allí fue donde recibí mis primeras clases de conducir, con siete u ocho años, sentado al volante sobre el regazo de Arend. También fue en el Sportclub Enschede donde conocí a Abe Lenstra, que era un auténtico icono de la época. Incluso, una vez, llegué a hacer unos toques con él durante un entrenamiento, algo realmente especial. Pero lo que más recuerdo de Abe es que siempre iba con un balón.

De pequeño veía mucho al tío Henk, en especial después de que muriera su esposa, ya que venía a menudo a comer a casa. Durante las comidas yo le escuchaba hablar de lo que ocurría en el Ajax conteniendo la respiración. También en esa época, cuando yo aún no era ni un adolescente, Arend van der Wel solía venir a comer a casa. Él era un jugador joven del primer equipo, pero vivía en Ámsterdam Norte, que le quedaba demasiado lejos para ir a casa después del trabajo y volver a tiempo para entrenar, así que comía con nosotros. De modo que desde muy pequeño, no solo pasaba todo mi tiempo libre en el estadio del Ajax, sino que el club estaba presente en nuestra casa y eso fue gracias al tío Henk, como siempre le llamamos incluso después de que se casara con mi madre tras la muerte de mi padre; y a Arend, de quien, desde los cinco años, aprendí todo lo que ocurría en el club, del vestuario al primer equipo. Me sentaba a escucharlos día tras día, absorbiéndolo todo como una esponja.

En cuanto fui lo bastante mayor, empecé a corretear por allí yo solo; también jugaba al fútbol en la calle con mis amigos, pero el estadio del Ajax se convirtió en mi segundo hogar. Estaba allí siempre que tenía un rato y nunca salía de casa sin el balón. A partir de los cinco años, cuando iba a ayudar al tío Henk al estadio, siempre llevaba también una bolsa con las botas de fútbol. Nunca se sabía cuándo les podía faltar un chaval para un entrenamiento o un partido de práctica y yo solía tener suerte, aunque a menudo solo porque les daba lástima. Yo era un saco de huesos, parecía una gamba, y se compadecían de mí, lo que en realidad significaba que, aunque yo no debía estar allí y no formaba parte ni siquiera del equipo juvenil, jugué con el Ajax desde muy pequeño. Otro ejemplo de algo en lo que siempre he creído y he intentado transmitir, que se pueden convertir las desventajas, como mi aspecto flacucho, en ventajas.

Me preguntan a menudo cuál es mi mejor recuerdo como futbolista. Sinceramente, no soy bueno con los detalles, ni siquiera de la primera vez que marqué un gol en casa con el Ajax después de convertirme en profesional. Lo que, en cambio, sí recuerdo con mucha claridad fue la primera vez que me dejaron pisar el terreno de juego con el campo lleno. No como futbolista, sino para pasar el rastrillo por el área pequeña. Yo tenía unos ocho años, mi padre aún vivía, a mí no me habían ni contratado pero ahí estaba, en el terreno de juego, frente a un estadio lleno, ayudando a que todo estuviera perfecto para el primer equipo. Es de esas cosas que no se olvidan. Mientras rastrillaba, me sentía responsable de proporcionar la superficie de juego perfecta para mis héroes. Como alguien que ha jugado, dirigido, visto y pensado sobre fútbol toda su vida, estoy seguro de que estas experiencias tempranas de ayudar a cuidar de las cosas, de aprender la importancia de mantener unos estándares, influyeron sobre la persona en que me convertí. Cuando me retiré de jugar y entrenar y creé la Cruyff Foundation para dar a los niños la oportunidad de jugar al fú-

tbol, hicimos una lista de catorce cosas que todos debían respetar. La número 12 habla de la responsabilidad y el respeto por el terreno de juego y por las personas, y todo esto proviene de esa época de mi vida. Como he dicho, todas mis lecciones vitales las aprendí en el Ajax.

A pesar de haber sido un alumno mediocre, siento desde muy pequeño una gran afinidad por los números. Me interesa la numerología. Así que, por ejemplo, me casé con Danny el segundo día del duodécimo mes, diciembre. Dos más doce da el número de mi dorsal: catorce. El año era 1968, y seis más ocho también da catorce. No hay duda de por qué seguimos juntos tras cuarenta y ocho años. Nuestro matrimonio era dos veces bueno. Lo mismo pasa con mi hijo Jordi. Él nació en el 74 y yo en el 47. Ambos años suman once. Y su cumpleaños es el 9 de febrero y el mío el 25 de abril. Eso es nueve más dos y dos más cinco más cuatro. Ambos once.

Los números me fascinan y hasta se me da bien recordar números de teléfono. Mis amigos solo tienen que decírmelo una vez y ya no lo olvido nunca. Quizá por eso soy tan bueno en cálculo mental. No lo aprendí en el colegio, sino en la verdulería de mis padres. Cuando mi padre estaba haciendo entregas y mi madre cocinando, yo tenía que atender a los clientes. Pero como era demasiado pequeño, no podía usar la caja registradora. Así que aprendí a hacer las cuentas mentalmente y, como se me dio bien desde pequeño, eso debió de influir en mi fascinación por los números. Creo que en parte fue mi amor por los números, mi gusto por enfocar las cosas de una forma mental, lo que me hizo empezar a pensar más en los números en el fútbol, en cómo se puede sacar provecho del contrincante, en cómo se puede trabajar mejor con el espacio, como ya había hecho Di Stéfano. Así que, aunque mis padres no me dieron habilidades futbolísticas, sí que me proporcionaron una forma distinta de pensar sobre el fútbol.

En lo relativo al entrenamiento físico que se requiere como futbolista, nunca me han gustado nada las carreras campo a través ni los balones medicinales que teníamos que usar en el gimnasio. Siempre que Rinus Michels nos llevaba al bosque a correr, intentaba adelantarme lo más posible y esconderme detrás de un árbol hasta que el equipo volvía a pasar por ese punto, con la esperanza de que nadie nos contara en el trayecto. Aquello funcionó bien durante un tiempo, hasta que Michels se dio cuenta de lo que hacía. Como castigo, tuve que realizar un entrenamiento disciplinario en la pista del bosque a las ocho de la mañana de mi día libre. Michels llegó en su coche a la hora en punto. Iba sentado al volante en pijama; bajó la ventanilla y dijo: «Hace demasiado frío para mí; me vuelvo a la cama». Y me dejó allí como humillación.

Me uní oficialmente a los juveniles del Ajax en 1957, con diez años. Yo era un chaval flacucho cuando entré en el Ajax y estoy seguro de que si me hubieran fichado hoy en día me habrían hecho hacer todo tipo de rutinas de ejercicios. Pero no fue así, y yo las habría odiado. Lo máximo que hice fue pedirle a mi madre que me diera más judías verdes y espinacas, por el hierro. Por lo demás, me limité a hacer lo que había hecho siempre, que era dedicar todo mi tiempo libre a jugar al fútbol, tanto en el club como en la calle con mis amigos. Lo importante para mí no solo era jugar al fútbol sino divertirme con ello.

Más adelante, me pasó algo parecido cuando entrenaba a Frank Rijkaard, que siempre fingía una tos horrible cuando corríamos campo a través. Los jugadores solían dividirse en dos grupos y uno seguía al otro. Él se unía al segundo, dejaba que sus compañeros siguieran adelante y se sumaba al primer grupo cuando lo alcanzaban. Así siempre acababa con una vuelta menos que sus compañeros. Ningún otro entrenador se había dado cuenta, pero yo sí. Y me limité a pasármelo bien. Naturalmente, más tarde se lo dije, pero al mismo tiempo me reí mucho. Me encanta esa forma

mía de ser, que le debo a mi padre, aunque en realidad también me parezco mucho a mi madre. Años después, cuando yo empezaba a salir con Danny, a veces me apetecía volver a casa más tarde de la hora fijada por Michels. Él siempre recorría Ámsterdam en su coche por la noche para controlar que los nuestros estuvieran aparcados en nuestras casas a la hora. Una vez cogí prestado el coche de mi padrastro y dejé el mío delante de casa. Michels sospechó algo y al día siguiente me amenazó con ponerme una multa. Yo, que aún vivía con mi madre, le dije: «Llama a mi madre, yo estaba en casa». Lo hizo y mi madre me siguió la corriente a la perfección, Michels tuvo que rectificar y mi madre y yo nos reímos a gusto más tarde.

Cuando entré en el equipo juvenil del Ajax con doce años, Jany van der Veen no solo me educó en el fútbol, sino también en normas y valores. Él fue el primero en el Ajax que me enseñó a elegir un camino y seguirlo. Él es otro ejemplo de cómo la vida en el Ajax compensó la educación que no recibí en el colegio. Jany siempre trabajó exclusivamente con los juveniles, pero las ideas con las que trabajaba venían de Jack Reynolds, que había sido entrenador del primer equipo en la década de 1940, y él las aplicaba a nosotros. Fue Jany quien nos enseñó a inventar juegos para trabajar en nuestros errores y poder ser creativos en nuestra práctica. De Michels aprendimos la disciplina, pero de Jany aprendimos a divertirnos. Cuando yo mismo me convertí en entrenador, llevé estas ideas al Barcelona. Como siempre digo, trabajar en fútbol no es trabajar. Hay que entrenar duro, pero también hay que divertirse.

Mis maestros en mi etapa juvenil fueron Vic Buckingham, que dirigió el primer equipo antes que Michels; Keith Spurgeon, que también dirigió el primer equipo una temporada, y, el más importante, Jany van der Veen, el entrenador del equipo juvenil. Van der Veen siempre insistía en un entrenamiento muy concreto, en el que las bases del fútbol constituían el centro de todo. Jugar partidos siempre